

ISRAEL, ¿GANARA TAMBIEN LA PAZ?

Es harto dudoso que después de «la Guerra de los Seis Días»—bastante menos, en realidad, apenas unas cuantas horas, lo que, sin duda, por lo sucedido, por cómo sucedió y por las consecuencias que está teniendo, de todo lo cual han ido saliendo consecuencias de magnitud considerable, hace de ésta una de las más cortas de todas las guerras conocidas—se sintiese la tentación de escribir otra vez como lo había hecho un autor inglés para decir: «Jerusalén es, como el cielo, un estado mental más bien que un lugar». En torno de algo muy concreto, de dimensiones y características bien definidas, ha buscado—sigue buscando—Israel el alcance de dos cosas asimismo muy precisas y bien definidas: tomar posesión de una vez para siempre de lo que considera como un legado irrenunciable y olvidarse de la advertencia de uno de los judíos de estos tiempos de mayor estatura intelectual y más justo, merecido renombre, Albert Einstein. «La paz—dijo—no puede ser mantenida por la fuerza. Sólo se la puede lograr con la comprensión».

Cuando la importancia que Akaba llegó a tener, como causa—una de las muchas, casi infinitas causas—y justificación de esta guerra que empezó el 5 del pasado junio y que el 11 estaba ya completamente concluida con la derrota, casi el aniquilamiento, de los dos principales ejércitos enemigos y la colocación de territorios tres veces mayores en su conjunto a la original superficie del Estado de Israel, que un par de semanas antes se encontraba celebrando el XIX aniversario de su creación (recreación quizá), es fácil, casi inevitable, pensar en que podría, ciertamente, haber algo en todo ello de naturaleza mucho menos real, tangible, que la existencia de Jerusalén, pero quizá por eso mucho más cautivadora todavía. Desde los días bíblicos—de hace cuatro mil años—en que Abraham envió a su hijo mayor, Ismael, al desierto, por el sector de Akaba precisamente, para reservar al pequeño Isaac la Tierra de Promisión, ¿no estaría de hecho sellado el destino de dos pueblos salidos de

un tronco común, hermanos, pero irreconciliables, llamados a llevar una vida de coexistencia pacífica, pero no armoniosa?

Porque, ¿no valdría la pena pensar en la curiosa, extraña y en definitiva sangrienta contradicción que supone el hecho de que los judíos, los descendientes de Isaac, han podido vivir siempre, puerta con puerta, con los árabes, los descendientes de Ismael, lo que no ha sido posible o lo ha sido sólo cuando se hizo frente a graves riesgos y tremendas dificultades que periódicamente desembocaron en pogromos, matanzas y expulsiones en masa, para los judíos a quienes la Diáspora echó, como los residuos de un terrible naufragio, hacia las costas y las fronteras de Europa? Ha sido, por lo general, en Europa donde los judíos fueron perseguidos, forzados a llevar una existencia de «ghetto» —algo que también se calcó con rasgos acaso llamados a durar mucho tiempo—, donde la vida de los judíos ha sido con frecuencia de tortura y sacrificio y pérdida más de una vez de casas y posesiones, hasta culminar en el triste, terrible ensayo, reciente aún, que buscó la resolución definitiva de lo que se tenía por un problema insoportable no con la expulsión, sino con el exterminio. (Una expresión que, coincidencia dramática, tiene un sitio de honor en la tradición y la leyenda del hebreo.)

No es ésta la ocasión de pensar en analogías o discrepancias, en afinidades o antagonismos raciales, religiosos y de otras clases entre las gentes que han vivido largamente, siglos y siglos, en la misma tierra, porque entonces sería fatal pensar asimismo en que si hay diferencias entre árabes y judíos, las hay también, y muy grandes, entre judíos y judíos, como las hay, sin duda, entre los mismos árabes, que como el pueblo a que con frecuencia se quiere hacer alusión o referencia apenas es otra cosa que un grupo lingüístico—y religioso—de gentes que no arrancan siempre de un mismo tronco racial. Es cosa de pensar más bien en una especie de destino que ha podido arrastrar, casi literalmente, a los judíos a tomar de nuevo posesión de la tierra de unos antepasados muy remotos. Pero también por este lado se tropieza con dificultades realmente serias. Porque, ¿qué es el destino?

Gentes tan radicalmente distintas, en apariencia, como G. K. Chesterton y David Ben Gurion han tenido del destino una idea que, nada similar en apariencia, pudo desembocar en una coincidencia fundamental. «No creo en el destino que ataca a los hombres—dijo Chesterton—, *cualquiera* que sea su actuación. Pero creo en el destino que ataca a los hombres, *a menos* que actúen».

G. L. Sulzberger, esa principal figura de *The New York Times*, para quien las cosas judías suelen tener una significación especial, habló de lo que aparece descrito como «el juego desesperado» en que Israel estaba comprometido, para recordar estas palabras que dijo habían sido pronunciadas por Ben Gurion:

«Nuestro pueblo (el de Israel) no puede comprender el destino. Cree en la libertad de la elección humana. Los seres humanos pueden hacer su propio destino. Toda la historia lo confirma, y de manera más reciente y especial la historia de Israel. No entra en juego la predestinación abstracta o el destino. No creemos en el destino».

Lo cual está muy cerca, peligrosamente cerca, de una afirmación tremenda: el pueblo de Israel, un pueblo escogido, estaba predestinado—¡extraña, impresionante contradicción!—a forjarse él mismo su propio destino. La casualidad—¿el destino tal vez?—llevó a los estudiantes de algunos centros talmúdicos a tomar un sábado, el día santificado que la tradición religiosa ordena que sea honrado con una quietud y sosiego tan absolutos que hacen del viaje en ese día una profanación, los autobuses puestos en marcha para conducir a los jóvenes movilizados hacia puntos de concentración en las proximidades de las fronteras, que nunca podría estar, salvo en algunos puntos del Neguev, a mucha distancia de ellas, acaso a no más de una docena o dos de kilómetros. Una de las grandes personalidades religiosas de Israel, el rabino Zvi Yehuda Kook, no pensó en protestar, horrorizado. Pensó sólo en arengar a los muchachos, a voz en grito: «¡Adelante! Esto es nada menos que una cuestión de vida por la cual el Sábado puede ser legalmente profanado».

Hay momentos, bien se comprende, en los que todo está permitido. Especialmente en el caso de Israel. Bien claramente se dijo en *L'Express*, especie de órgano de la izquierda moderada de Francia, al que se encontró en posiciones irreconciliablemente antagónicas con las ocupadas por el general Charles De Gaulle, en los momentos en que la guerra de Israel contra sus vecinos árabes parecía no sólo inevitable, sino inminente: Tiene tres dimensiones «el drama que se está tramando. Dimensión internacional: la U. R. S. S. contra los Estados Unidos. Dimensión local: la agitación que estimula a los países árabes que cercan a Israel. Dimensión afectiva: Israel no es un país como los demás».

Israel no tenía bastante, parecía evidente—lo parece mucho más después que antes de la guerra reciente—, con que se respetase y cumplierse al pie de la letra la advertencia, hecha con palabras que no eran originales ni mucho menos, del presidente de los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, que sabe muy

bien, tan bien como cualquiera otro, mucho mejor que muchos, que Israel no es un país como los demás». En la actitud solemne que parecía ser mitad de sacerdote y mitad de profeta bíblico, habló de la necesidad de construir en el Oriente Medio una ecuación humana en la que los hombres pudiesen vivir «cada uno bajo su parra y su higuera y que nada le haga sentir temor».

* * *

Cuanto más se pensaba en los términos, tan sencillos, tan breves, a que se pretendía reducir la ecuación de la existencia de árabes y judíos en territorios contiguos, con más y mayor insistencia pugnaba por saltar a la vista, por proyectarse a un lugar preferente la sospecha de que se trataba únicamente de un pretexto detrás del cual estaban cosas llamativas, no tanto por lo complicadas como por lo ambiciosas y avasalladoras. El derecho de cada hombre a vivir bajo su parra y su higuera se reducía, de manera sencilla, un poco aterradoramente quizá, al derecho de un hombre, el israelí, no de cada hombre.

Después de todo, ¿qué es lo que se dice en el libro del Génesis? Cosas como ésta: «Y Dios habló a Israel, en las visiones de la noche, y dijo: ... No temas en ir a Egipto, pues allí haré de tí una gran nación. Iré a Egipto contigo, y también con entera seguridad te traeré acá otra vez...»

Los judíos, que parecían reaccionar a veces como si estuviesen influenciados por el clamor de un hombre al que le duele el corazón, ¿no pensarían en eso cuando, en la hora del triunfo memorable, hacían exclamaciones como la de un transeúnte cuyas palabras recogió un corresponsal y que decía: «¡Yo espero que seguiremos hasta El Cairo antes de empezar las negociaciones!»

Uno de los grandes lamentos de la hora de la exultación que congregó a docenas, cientos de miles en la grande y nueva plaza del Muro de las Lamentaciones, convocados por el «shofar», ese gran cuerno de carnero con el que se llama a los fieles a la oración en momentos tan solemnes como aquella festividad que conmemoraba el momento en que Moisés recibió en lo alto del monte Sinaí las Tablas de la Ley, acaso fuese una actitud mental tan solo. La actitud mental del que tenía el presentimiento de que Israel podría llorar en el futuro, durante generaciones y quizá siglos, la ocasión perdida de haber proseguido el avance militar hasta llegar a El Cairo, Amman y Damasco, para hacer de esas capitales, como Bismarck había hecho de Versalles, el lugar donde fuesen dictadas y aceptadas las condiciones de paz.

Antes de que el propio Levy Eshkol, primer ministro de Israel, proclamase: «Tenemos el derecho a establecer cuáles son nuestros intereses vitales

y cómo han de ser asegurados», antes casi de que el ministro de Defensa, general Moshe Dayan, hubiese proclamado, en el tercer día de la guerra que había sido ya ganada, pero que no había aún concluido, ante el Muro de las Lamentaciones y con el jefe del Gobierno a su lado: «Las fuerzas defensivas de Israel han liberado hoy a Jerusalén. Hemos reunificado la ciudad rota, capital de Israel. Hemos vuelto a éste el más sagrado de nuestros santuarios, para no separarnos jamás de Jerusalén»; antes o en coincidencia con todo esto, estaría el momento solemne de afirmar, como hizo Dayan: «A nuestros vecinos árabes ofrecemos incluso ahora—quizá ahora más firmemente—nuestra mano en *shalom*», es decir, en paz. Pero también estaba ya la imaginación popular afirmando y proclamando: «Nosotros, sólo nosotros hemos ganado la guerra, sin ayuda de nadie. Queremos la paz, pero negociada directamente con los árabes».

Levy Eshkol, considerado por muchos, acaso por una mayoría abrumadora, casi por la totalidad de la población judía de Israel—hay algo más que judíos en Israel, ahora y antes de la guerra, por supuesto—, como un *palomo*, como uno de esos *doves* de quienes se empezó a hablar mucho en los momentos en que la guerra del Vietnam entró en un proceso de rápida escalada, en un sentido no siempre favorable, por considerárseles inclinados hacia el lado de la paz en todas y cualesquiera condiciones y circunstancias, se llegó a sentir en la necesidad creciente de hablar cada vez con mayor energía y dureza. En un discurso pronunciado en el *Knesset*—el Parlamento de Israel, que como muchas cosas había sido trasladado a la parte nueva de Jerusalén, transformada en capital en contra de lo establecido por las Naciones Unidas y de la decisión, causa de grandes y constantes incomodidades, de muchas representaciones diplomáticas, que han continuado en Tel Aviv—, el 12 de junio, cuando la guerra parecía concluida definitivamente, y que iba dirigido a «todas las naciones del mundo»:

«Que nadie se quede con la ilusión de que Israel está preparado para el retorno a la situación que reinaba hasta hace una semana. Solos hemos luchado nosotros por nuestra existencia y nuestra seguridad. Tenemos derecho a decidir cuáles son los intereses verdaderos y vitales de nuestro país y cómo han de ser asegurados. La posición que existía hasta ahora jamás ha de volver. La tierra de Israel nunca más será tierra de nadie, ancha y abierta a los actos de sabotaje y asesinato».

Si por el resto del mundo quedaba todavía el propósito o la necesidad de aconsejar y amonestar, que esos sentimientos fuesen orientados y encauzados

en la dirección de los países árabes. Y no para intervenir en su favor ni para tener la pretensión de actuar de alguna forma que hiciese asomar la sospecha de la mediación. Sino para recomendar, imponer quizá, a los árabes que pudiesen parecer más recalcitrantes y más incorregibles la necesidad, el deber, es más, de aceptar y acabar y acatar y cumplir ya para siempre las condiciones de paz que Israel, en su inmensa y justiciera imparcialidad, se dignase fijar y establecer.

En una parte de su discurso dirigida de manera concreta a las «grandes potencias», Eshkol explicó: «La justicia, lógica y moralidad», les piden ahora que «tengan el valor de decir a los Estados árabes que la Carta de las Naciones Unidas les obliga, de la misma manera que obliga a cualquier otro Estado miembro, a la resolución de las disputas por medios pacíficos».

Es posible que alguien pensase que aquello, el discurso de Eshkol en el *Knesset*, fuese pronunciado en un ambiente tan irreal como aquel en el que Clemenceau se dirigió, en el mismo Salón de los Espejos de Versalles, donde unos lustros antes se había fundado el Imperio alemán, con Bismarck, a los delegados del Gobierno socialdemócrata de la República de Weimar, que había salido de la grande—se creía que totalmente decisiva también—y sangrienta derrota sufrida en la primera Guerra Mundial, con palabras que empezaban: «Messieurs les délégués de l'Empire allemand...»

El Imperio alemán se había hundido, acaso para siempre, en los campos de batalla de la primera Guerra Mundial, a los pocos años, relativamente, de haber nacido en el ambiente creado por una de las victorias militares más rotundas y extraordinarias de todos los tiempos. En el desierto de Sinaí, por el que marcharon los soldados victoriosos de Israel, que llevaban poco más o menos el camino que había seguido Ismael, echado por su padre para que no fuese motivo de turbación o molestia para el hermano menor, la victoria de las armas de Israel no fue menos rotunda ni menos decisiva. Pero, aun así, y contando como se debería contar con tantas lecciones dictadas por la experiencia ¿podía ser aceptable la actitud de Israel?

* * *

Aquel célebre Dean Inge había observado, arrancando sin duda de una expresión que Napoleón había hecho célebre, que «un hombre puede construir para sí un trono de bayonetas, pero no puede sentarse en él». Y el general Dayan, que no ha sido, a pesar de ser eso lo que se ha pensado y lo que

se ha dicho más de una vez, el autor ni el ejecutor de la sensacional victoria militar de Israel en el tercer gran intento por encontrar los puntos en los cuales afinar y consolidar sus dominios geográficos, bien pudo pensar en eso mismo cuando observó: «Ahora que la guerra ha terminado, empiezan las dificultades».

Dificultades de una naturaleza, características y dimensiones como lo que no habían conocido los judíos y no podían recordar, por supuesto, en el caso de que la situación que desembocó en la destrucción de Jerusalén y la Diáspora hubiese podido de alguna manera ser un antecedente de mérito. Dos milenios casi es mucho tiempo para otra cosa que soñar o llorar.

Y una de las dificultades tremendas, acaso la mayor y la peor de todas, es la que nace y crece en el clima y ambiente propicios de que la rodean la ambición y el odio, la que movió al general Moshe Goren, gobernador militar de Gaza, a definir «lo que pasa en este momento en el Sinaí» como «una tragedia sin precedentes», y al general Chaim Herzog, gobernador militar de la Cisjordania, al confirmar que el mayor de los problemas a que tenía que hacer frente en aquellos momentos no había sido planteado por la población árabe de la región, formada mucha de ella por refugiados de Palestina, sino por los propios judíos que acababan de ganar la guerra, en forma tan sorprendente como decisiva. «Quieren—dijo, hablando de sus compatriotas, naturalmente—ir al Muro de las Lamentaciones y quieren ver sus antiguas casas y quieren la recuperación de esto y la recuperación de aquello. Es muy difícil».

Pensando mucho más, es seguro, en las dificultades con que se había de tropezar de fronteras—unas fronteras que habían experimentado una transformación violenta, casi sísmica—adentro que de fronteras afuera, como no se tratase de lo que estaba mucho más allá del campo de acción de los que acababan de ser derrotados de una manera ejemplar, había también advertido el general Dayan:

«La lucha se ha extinguido. Pero la campaña no ha terminado... Que vuelvan las espadas a la vaina, pero cuidando de que estén bien afiladas y listas, porque no ha sonado todavía la hora de convertirlas en rejas de arado».

Y eso que Dayan sabía muy bien que la reja de arado sirve para algo más que herir la tierra. Con la punta de una reja de arado, muy afilada, había hecho él mismo su primer lanza, un arma de intenciones genuinamente ofensivas con la que aprendió una especie de instrucción militar, algo así como la introducción a una carrera que tuvo como una de sus especialidades el terro-

rismo clandestino, cuando todavía apenas había empezado a pasar de niño a mozalbete.

Es posible que aquello fuese inevitable. Incluso con los excesos y crueldades que sembraron el desierto de cadáveres y los hospitales de lo que apenas podía ser más que una sombra de vida horriblemente deformada y torturada por el *napalm*, esa gasolina gelatinizada que aplicada a la guerra produce efectos horripilantes, lo suficiente para despertar el terror y la angustia y la aversión que han hecho odiosos para siempre los gases letales. Porque en la situación a que se había llegado por el escenario de esa guerra parecía que ya no quedaba sitio para otra cosa.

Anticipándose quizá a las acusaciones que habían de llegar, necesariamente, Levy Eshkol había hablado de la necesidad en que estaba Israel de someter a su control el territorio conquistado, porque de él habían salido en el pasado el «asesinato, el sabotaje y el hostigamiento», y porque, en fin de cuentas, ¿cómo podía ser tolerable una vida en la que la esperanza puesta en dejar atrás para siempre los pogromos, la persecución y las vejaciones habían tenido como desenlace una situación como aquella en que se vivía a orillas del mar de Galilea, con los padres trabajando el campo con el fusil al hombro y los niños llenando sacos de tierra, para la protección de la escuela, y jugando y durmiendo en el refugio?

Podría decirse que todo había empezado, en realidad, con las sangrientas persecuciones en Rumania, en la última parte del siglo pasado, más bien que con el movimiento sionista que tuvo los comienzos con Teodoro Herzl, unos pocos años después, y que entró en una fase culminante—no decisiva todavía—con aquella carta de Arthur Balfour a lord Rothschild, del 2 de noviembre de 1917, que decía:

«Tengo mucho placer en comunicarle, en nombre del Gobierno de Su Majestad, la declaración siguiente de simpatía con las aspiraciones del sionismo judío que han sido sometidas y aprobadas por el Gobierno.

El Gobierno de Su Majestad contempla favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y hará uso de sus mejores esfuerzos por facilitar el alcance de este objetivo, debiendo quedar bien claro que nada se hará que suponga perjuicio para los derechos civiles y religiosos de las existentes comunidades no judías en Palestina, o para los derechos y estado político disfrutados por los judíos en cualquier otro país.

Mucho le agradecería que pusiese esta declaración al alcance de la Federación Sionista».

¿Por qué en el proceso de establecimiento y consolidación de un «hogar nacional» judío en Palestina había de llegarse a una situación que, al cabo de guerras y violencias, atropellos y terrorismo, había de resignarse el árabe de Palestina con la pérdida de sus tierras y hacienda y, es más, con la situación que por eso y otras causas terminó multiplicando y agravando sus desdichas?

El argumento de Israel es avasallador, sin duda. Pero, ¿por qué «los intereses verdaderos y vitales» de Israel han de asegurarse, garantizarse, echando a más árabes de sus tierras y sus casas, muchos más de los que habían sido rechazados o habían huido en los días de la guerra que culminó en el armisticio de 1949, que los vecinos árabes nunca han aceptado y menos reconocido?

Es verdad que los judíos tenían un barrio en la ciudad vieja de Jerusalén del que fueron echados o abandonaron, un barrio al que han vuelto los antiguos ocupantes y otros que acaso no tuviesen más derechos por allí que los establecidos dos milenios atrás, antes de que los judíos fuesen echados de toda la tierra bañada por el Jordán, no por los árabes precisamente; pero, ¿podía considerarse esto como justificación adecuada para lo que se hizo, para lo que se siguió haciendo en los días en que empezó a ser realmente grande el movimiento de los refugiados que no querían o no podían resistir en la Cisjordania, a pesar de los llamamientos que se les hacían desde Amman y otras partes, docenas y docenas de miles que seguían huyendo incluso cuando el régimen militar israelí parecía estar asegurado y consolidado y, por tanto, el derecho a la vida y la propiedad garantizado?

«Los mejores de nuestros camaradas, los más bravos de nuestros combatientes, los más queridos de nuestros hijos—afirmó el general Dayan—han caído en la acción. Las arenas del desierto y las rocas de Galilea están empapadas con su sangre. La victoria es nuestra, y nuestro también es el dolor».

Como si para los otros, para los que durante siglos y milenios no conocieron más tierras que aquellas de las cuales ahora se les echaba, no hubiese habido ni dolor, ni sufrimientos, ni, por tanto, simpatías y consideraciones. «Incontables generaciones de judíos—proclamó el general Yitzhak Rabin, el verdadero artífice de aquella victoria sensacional, el autor y ejecutor del plan al que se dio el nombre, casi genial, como todo o casi todo lo relacionado con la increíble empresa, de Nachonim, derivado de Nachon, una figura legendaria de Judea, el dirigente que primero se lanzó al Mar Rojo cuando su tribu estaba de camino, después de dejar atrás las orillas del Nilo, de la Tierra de Promisión, y que en su traducción podría definirse como el plan de "los pioneros audaces", asediados, martirizados, y masacrados por el amor de Jerusalén

os dicen: Estate tranquilo, oh pueblo nuestro, consuela a las madres y a los padres cuyos sacrificios han hecho posible la redención».

* * *

Aquello, ¿qué otra salida hubiera podido tener? Y sin embargo resulta difícil, imposible enterrar la cabeza en la arena para no ver lo que hay en el ambiente, indicio seguro de que la tragedia no ha terminado. «Es éste un día grande en la historia judía», dijo Eshkol el día mismo en que las fuerzas del general Rabin entraron en la ciudad vieja de Jerusalén, haciendo así posible que él y Dayan, presentado insistentemente como «el arquetipo de la victoria», se acercasen al Muro de las Lamentaciones, para algo más, parecía evidente, que orar con la emoción que lo hacían miles y miles de judíos. Aquel día en el que se envió «un mensaje de paz y seguridad a todo el pueblo de Israel y a todos nuestros hermanos judíos donde quiera que estén», era también un día de dolor y desolación para miles y miles de otros seres humanos entonces mucho menos afortunados.

Aquel día y los inmediatos anteriores y los que siguieron inmediatamente después—durante varias semanas, es más—fueron días que apenas podrían dejar de influir en la marcha de los acontecimientos y quizá poner una nota de vergüenza en un capítulo de la historia del «pueblo escogido», que se quería que fuese gloriosa nada más y deslumbrante también. Porque «... Yo, el Señor tu Dios soy un Dios celoso y hago que los pecados de los padres sean penados por los hijos hasta la tercera y cuarta generación». ¿Qué, sino un castigo terrible podría ser la acusación de genocidio lanzada contra Israel en las Naciones Unidas, aunque quien la lanzase fuese, según palabras judías, «el acusado convertido en acusador»? El mismo acusador contra el que Abba Eban lanzó, acabada de acuñar, una expresión nueva, la de *politicidio*, es decir, asesinato o intento de asesinato de una nación.

En una alusión a las cosas que en la sesión especial de urgencia de las Naciones Unidas, celebrada en Nueva York, en contra del deseo de los Estados Unidos y para tremenda contrariedad de Israel, había dicho el presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética, Aleksei N. Kosyguin, comentó Eshkol, el estadista que no se podía saber todavía si la victoria lo había consolidado o debilitado en una posición que había sido, por lo menos, muy discutida, que no podía ser una aportación positiva a la paz y la comprensión el discurso que «había amontonado sobre Israel acusaciones infundadas. Ha

sido profundamente estremecedor el haber equiparado a Israel con la Alemania de Hitler».

La Unión Soviética, que en 1947 se había apresurado a reconocer el derecho de Israel a tener su Estado en Palestina y que al año siguiente, con la proclamación que precedió a la guerra y al armisticio, se había apresurado a reconocerlo, no sólo había hecho contra Israel acusaciones terribles en el curso de los debates del Consejo de Seguridad en torno a las propuestas de «alto el fuego», sino que en lo que se podría considerar como el lenguaje más pensado y meditado de una nota oficial se llegó a decir:

«Han sido nombrados gobernadores militares (israelíes) para pueblos y distritos. Todo parece indicar que ha sido adoptada la misma práctica que los invasores hitleristas siguieron en aquellas regiones que fueron las víctimas de la opresión durante la segunda Guerra Mundial. Que el Gobierno de Israel no tenga ilusiones: Israel será declarado responsable enteramente de los actos criminales que comete».

* * *

Tenían razón, sin duda, los que decían o pensaban que Israel es algo distinto, único quizá. Porque si no, y a menos que se coincidiese del todo con el juicio de un periódico londinense, al proclamar que la verdad es la primera víctima de la guerra, ¿cómo se podría comprender un poco, sólo un poco de lo que estaba sucediendo? Los Israelíes produjeron la impresión de haber quedado anonadados al enterarse de la actitud del general De Gaulle, presidente de uno de los países europeos de más anchas y enraizadas simpatías hacia Israel y los judíos, que no sólo era de neutralidad, sino que podía incluso producir la sensación de que era hostil a la actitud y la conducta, por lo menos, adoptada por el Gobierno israelí. Eso era casi nada, sin embargo, comparado con la conmoción que produjo el ver cómo uno tras otro los norteamericanos —y de otros países— que más habían llamado la atención por su resuelta, animosa actitud de condena de la guerra norteamericana en el Vietnam, ahora se mostraban como unos «gavilanes» que sentían impaciencia no sólo en su apoyo entusiasta y decidido de Israel, sino que encontraban absolutamente censurable cualquier otra clase de política y reclamaban la prestación de una ayuda inmediata y muy grande para que las fuerzas armadas de Israel pudiesen aplastar y destrozarse al enemigo que le negaba el derecho a una vida independiente.

De Gaulle, presidente de Francia, estaba ya considerado como un enemigo más de Israel. Con lo cual empezaba a resultar difícil aceptar en toda su sencillez la afirmación de Golda Meir, ex ministro de Asuntos Exteriores y presidente del Partido Mapai, el más importante de su país, «sólo los árabes y los comunistas están contra Israel».

Los que después de oír a los israelíes gritar, angustiados: «Francia nos ha traicionado», y lo que, es más, podían recordar todavía aquella observación del propio De Gaulle, del que fue invitado de honor Ben Gurion, al decir: «Israel, nuestro amigo, nuestro aliado», no acertaban a explicarse muchas de las cosas que estaban sucediendo. Acaso por eso creyeron descubrir la causa de aquella inexplicable actitud del general De Gaulle en cosas como «el apoyo entusiasta—son palabras de Jean-F. Levy, presidente del Foro de Montpellier, pero eso mismo ha sido afirmado por otros y de distintas maneras—aportado a la causa de Israel por ciertos antiguos combatientes de Indochina, de Corea y de la O. A. S. (Organización del Ejército Secreto, nacida en Argelia o en torno de Argelia cuando era colonia francesa, para luchar contra el movimiento de la independencia y contra el propio presidente de Francia)», y, sin duda, el apoyo o la ayuda que los conspiradores, algunos conspiradores en cualquier caso, de la O. A. S., encontraron en ciertos agentes israelíes.

Había mucho más que esto, sin embargo, en el caso, es decir, que hubiese habido algo o mucho de cierto en insinuaciones o acusaciones que siempre hubieran podido parecer un tanto extrañas. A no ser que con la ayuda fantástica que Israel recibió de Francia en los días en que se estaba preparando para la segunda guerra contra los árabes, la de octubre de 1956, y que continuó después hasta el punto de que casi toda la aviación que destruyó la fuerza aérea de la R. A. U., Jordania y Siria era francesa, como eran francés una gran parte del material acorazado, de los proyectiles y de muchas, en fin, de las cosas que hicieron posible al Ejército de Israel alcanzar una victoria espectacular, se hubiesen producido intercambios y contactos capaces de conducir a situaciones totalmente inesperadas. En cualquier caso no bastaría con eso para explicar de una manera satisfactoria mucho de lo que había sucedido y a lo cual apenas es posible hacer aquí más que alguna breve alusión.

* * *

Para junio de 1967 las cosas habían cambiado mucho, tanto en el Oriente Medio como en relación con el Oriente Medio, desde octubre de 1956. Para

empezar, no había la perspectiva de un movimiento por la espalda con el que justificar la prisa del Ejército de la R. A. U. por retirarse de la península de Sinaí. Y los Estados Unidos y la U. R. S. S., que en 1956 habían coincidido ocupaban ahora posiciones radicalmente contrapuestas. Pero eso y mucho más. ¿cómo podía explicar el hecho de que los comunistas estuviesen en contra de Israel y al lado de la R. A. U., donde los comunistas estaban en el exilio o la cárcel y que no ya las izquierdas moderadas de muchos países, sino poderosos intereses financieros y conservadores estuviesen en contra de la R. A. U. y en favor de Israel, con sus colonias colectivas, los *kibbutzim* y sus aldeas cooperativas, los *moshavim* y sus partidos comunistas con existencia legal y hasta diputados en el Parlamento, algunos de los cuales votaron contra la anexión de la ciudad vieja de Jerusalén?

Podía llegar a tenerse la impresión de que bastaba con ver de qué lado se encontraban los Estados Unidos para adoptar una posición absolutamente incondicional en cuanto a Israel. Claude Lanzmann acabó haciendo explosión en las páginas de *L'Humanité*, al denunciar y acusar a los amigos y entusiastas de Israel para decirles: «Cretinos y simplificadores, ¿queréis obligarme a gritar ¡viva Johnson!?»

En el caso de que se pudiese comprender la posición de Rumania, de una independencia que se interpretaba como de notoria simpatía hacia Israel, con la explicación quizá de que era una demostración más de independencia en relación con la U. R. S. S.; en el caso de comprender la actitud de muchos detractores de la política norteamericana, ahora inclinados resueltamente hacia el lado de los árabes, ¿cómo se podría comprender lo que llegó a decir Christian Pineau, desde las páginas de *Le Populaire*? «Por extraño que pudiese parecer—comentó—..., existen en la izquierda franceses nasseristas convencidos».

«Los unos, comunistas, consideran por principio que todos los aliados de la Unión Soviética son hombres de izquierda, error que están muy lejos de cometer los dirigentes de Moscú. Nasser, este oficial racista y reaccionario, se convierte, por el solo hecho de estar sostenido por los rusos, en un progresista auténtico.

Los otros, gaullistas, son nasseristas porque estiman que un hombre de izquierda debe adoptar, en cualquier clase de circunstancias, una política contraria a la norteamericana. Se sirven para este fin del pretexto fácil que les da la guerra del Vietnam...» Y así sucesivamente, con todo un artículo dedicado a esta complicada casi alucinante cuestión. Que se ha ido haciendo más com-

plicada a medida que siguieron adelante los debates en la Asamblea General y a medida que se esbozaron o definieron actitudes más o menos incondicionales de Israel, como en la Francia no oficial, en la Italia oficial, en la República Federal de Alemania, etc., o, por el lado contrario, de los árabes, como la de España o la de Grecia. A tiempo que el Partido Comunista de Israel, reconocido y con representación en el Parlamento, se escindía, con una fracción «hereje» minoritaria y formada casi exclusivamente por judíos, y otra aparentemente «oficial», formada prácticamente en su totalidad por árabes de Palestina que prefirieron o pudieron continuar en Israel después del armisticio de 1948, en la Unión Nacional de Paracaidistas de Francia, que había adoptado con anterioridad posiciones de incondicional apoyo a Israel, surgió un grupo de «Antiguos Combatientes Paracaidistas» del que salió una declaración que extremaba más aún la nota, al «saludar a Israel» como «una audaz y valerosa ciudadela de la civilización occidental frente a la tentativa de la hegemonía nasserista, armada e inspirada por la estrategia comunista y dirigir el testimonio de su fraternal amistad a sus camaradas comprometidos en Israel y el Vietnam, en el mismo combate por la dignidad y la libertad del hombre». Para acabar pidiendo a «todos los ciudadanos verdaderos que se asocien a la campaña por la amnistía y la rehabilitación total de los franceses condenados por su fidelidad a la palabra empeñada».

Si bien se podía comprender cómo apenas hubiese un norteamericano que no fuese partidario de Israel, con más o menos entusiasmo, sobre todo en el caso de ser un político de los que van y vienen regularmente a sus distritos respectivos, en busca de un apoyo continuado de los electores, todavía podía parecer extraño encontrarse con figuras tan desviadas hacia la derecha como el actual gobernador de California, el antiguo actor de cine Ronald Reagan, en la vanguardia de activos movimientos en favor de Israel para cosas como la campaña enormemente venturosa de recoger fondos por muchos millones de dólares—había motivos sobrados para esperar que quedase colmada y muy rebasada la meta de los 500 millones de dólares que se había fijado para ser recogida en el extranjero, con miras a compensar al erario de Israel por los gastos extraordinarios que la guerra le había ocasionado—y mucho más todavía con el ex senador y ex candidato a la presidencia por el Partido Republicano, Barry Goldwater, personalidad de la extrema derecha norteamericana, que llegó a mostrarse entusiasmado con Israel y su victoria, porque así «podremos dar bofetadas al comunismo y hacerle retroceder veinte años».

Ver a los «palomos»—las «palomas» también, algunas de ellas personali-

dades deslumbrantes, como Vanessa Redgrave y Edna O'Brien—de la guerra del Vietnam transformados de pronto en agresivos «gavilanes» en la guerra de Israel era un grande, sorprendente espectáculo. Que no es fácil, acaso ni siquiera posible, que encuentre pronta, sencilla explicación, con referencia a tratados dogmáticos o a pronunciamientos oficiales, ya venga de Moscú o de Washington. La simple, apasionante escisión en las izquierdas, con los comunistas a un lado, casi todos los demás al otro, ha podido llamar la atención, sin duda. Y dar lugar a que pudiese parecer lógica la actitud destemplada con que personalidades más o menos relevantes de una derecha que empieza en el liberalismo tradicional y sigue adelante—o hacia atrás—por ese lado llegaron a decir que sólo a comunistas francos o vergonzantes se podría encontrar al lado contrario al de Israel en la guerra reciente. Pudiera esto ser demostración suficiente del grado de confusión—de apasionamiento también—a que se había llegado. Y mucho más quizá después del artículo aparecido en *Pravda*, que llevaba el título terrible de «Genocidio», en el que se hablaba del «cinismo y el menosprecio de las normas elementales del derecho internacional», que se dijo caracterizaba «el comportamiento bárbaro de los agresores en relación con las poblaciones de los territorios ocupados», una situación que rozó los límites de lo increíble al recordar a Ana Frank para condenar al general Dayan como el hombre que había «hecho buenos a los verdugos nazis».

En una situación como aquella a que se había llegado ni siquiera se podría encontrar sitio para el cinismo que movió al conde De Witte cuando, siendo ministro de Hacienda del zar Nicolás II de Rusia, accedió a charlar con Teodoro Hertz, siempre de un lado para otro en busca de apoyos, concursos y simpatías para el sionismo orientado francamente por el camino de la creación en Palestina del hogar nacional judío. Podía, sin duda, contar con él. «Yo tenía por costumbre—le dijo, según la versión que de sus palabras dio el propio Hertz—advertir al pobre emperador Alejandro III: Si fuese posible, majestad, ahogar en el mar Negro a seis o siete millones de judíos, yo me sentiría perfectamente satisfecho. Pero esto no es posible. Entonces, ¿tenemos que dejarles vivir!»

* * *

Dayan, el hombre que se va perfilando, por lo menos en los días en que, unas semanas después ya de la guerra y la victoria de Israel, se estaba esperando todavía la solución que podrían tener algunos de los graves problemas

planteados, como la figura dominante del panorama político israelí, pudiera tener razón al advertir que con la terminación de la guerra empezaban las dificultades. De esto, que es algo de lo realmente importante en la nueva situación del Oriente Medio, apenas queda sitio para nada más que un breve resumen. Una de las mayores dificultades está, sin duda, en el tiempo que se ha de necesitar para llegar a una decisión sobre la retirada o la permanencia de Israel en los territorios ocupados militarmente, una pequeña pero muy importante porción de los cuales ha sido incorporada ya a Israel: la ciudad vieja de Jerusalén y una buena porción del territorio colindante que se extiende más allá de las murallas y de todo lo que apenas podría considerarse, en actitud muy razonable, como parte de la ciudad.

De una manera cómodamente vaga, se ha hablado, desde el principio, de regiones «ocupadas» y de territorios «liberados», lo cual apuntaba ya a una política que parecía encontrar mayor fuerza y precisión en la misma vaguedad de los términos con que se la definía. Evidentemente, los territorios «liberados» eran para ser incorporados, definitivamente, a Israel. Las regiones «ocupadas» eran para ser evacuadas—en alguna ocasión se dijo también que Israel no buscaba añadir más desierto al mucho que ya tenía—, pero con determinadas condiciones. Esas condiciones tampoco se definían. No, en cualquier caso, al principio. A lo más a que se llegaba era a insistir en la necesidad de las negociaciones directas entre Israel y los vecinos árabes—los derrotados—, en lo cual iba implícita la idea del reconocimiento que hasta entonces había sido completamente inaceptable para los árabes.

Cualquiera que fuese la decisión final, para ellos había algo absoluto, inalterable: la decisión de no reconocer a Israel y, en consecuencia, mantenerse firmes en la posición que se había vuelto a definir con referencia—repetición— de una vieja consigna de Mao Tse-Tung: «Luchar, fracasar; luchar otra vez, fracasar de nuevo; pero seguir luchando hasta la victoria final».

¿Podía Israel estar completamente seguro de que su victoria, la tercera y última, hasta ahora, era la última y definitiva? Acaso fuese arriesgada imprudencia pensar así.

Poco a poco, sin embargo, se iba llegando al convencimiento de que, si los árabes no estaban dispuestos a negociar directamente con Israel, sin mediaciones, y menos todavía sin intervención alguna de las Naciones Unidas, que estaban siendo objeto de muy duros ataques por el lado israelí, el que más tenía que temer, aparentemente, de su intervención, tenían por delante todo el tiempo que pudiesen desear. Que Israel aprovecharía para la creación de unas condi-

ciones no favorables a la anexión, pues sobre eso empezaron a desvanecerse pronto las dudas que pudiesen haber existido, de ciertos territorios, sino a su integración económica, política también, siempre que las circunstancias lo aconsejasen, en lo que se estaba seguro que habría de ser en definitiva territorio de Israel. Lo que se hizo con la parte vieja de Jerusalén—y de algo más—cuando apenas se había desvanecido el eco de la seria advertencia de George Brown, el ministro de Asuntos Exteriores británico, en las Naciones Unidas, al pedir a Israel que «se abstuviese de la anexión unilateral de la ciudad vieja de Jerusalén», confirmaba la impresión de que no existía el propósito de perder el tiempo.

Bastaba con los trastornos que para Israel habría de suponer la persistencia, durante cierto tiempo, acaso mucho tiempo, de un régimen de ocupación militar de extensos territorios, lo cual había de acarrear gastos enormes, en términos relativos, los de un Estado con menos de tres millones de habitantes y con una economía que dependía en gran medida de las ayudas exteriores en vasta escala, y la movilización sostenida de un Ejército cuyos soldados eran vitalmente necesarios para otras cosas.

* * *

Desde el punto de vista económico, la situación de Israel empezaba a llamar la atención en las semanas que precedieron a la guerra. Estaba en evidencia una tendencia acusada hacia la estabilidad en relación con los años anteriores, de rápido, espectacular crecimiento. La corriente inmigratoria, que había hecho posible la llegada a Israel de 1.200.000 judíos en los primeros diecisiete años de la historia del nuevo Estado, procedentes de muchas partes, sobre todo de la Europa occidental, tendía a reducirse y a desaparecer incluso. En 1966 las entradas habían sido de sólo 5.000, y aunque se carecía de datos oficiales que lo confirmasen o desautorizasen, se hablaba ya de una emigración más de dos veces mayor a lo largo de ese año.

Por vez primera en la historia del Estado de Israel se empezaba a hablar de paro, en términos vagos, sin duda, pues la actitud de las autoridades era sumamente recelosa, lo suficiente para inclinarse a considerar hostil cualquier insistencia en indagar sobre cosas que se creía sólo podrían utilizarse para presentar a Israel por el exterior en forma nada favorable. Se hablaba de 60.000 parados, acaso bastantes más, y de una tendencia a un paro más extendido, consecuencia en parte de severas medidas deflacionarias que dieron el resul-

tado buscado: fortalecer una moneda que empezaba a sufrir a causa de los golpes y presiones de unas tendencias inflacionarias persistentes.

Parecía haber quedado atrás el período en que cosas como el aumento de la demanda a un ritmo superior a las posibilidades de la economía nacional encontraban compensación amplia en hechos tan efectivos como una ayuda exterior de singular importancia. Lo que se podría considerar como la ayuda privada directa, las aportaciones individuales de muchas clases—donativos, suscripción de títulos de la deuda, etc.—se calcula en no menos de 2.000 millones de dólares, mientras que la ayuda directa del Gobierno de los Estados Unidos ha subido a 1.600 millones de dólares y lo recibido de la Alemania Occidental en concepto de indemnización alcanzó otros 822 millones de dólares.

Con una ayuda así bien se podía iniciar y adelantar mucho el proceso de transformación del panorama de una tierra—desierto en gran parte—que ocupa una superficie que apenas pasaba, el 5 de junio último, de los 20.000 kilómetros cuadrados (Cáceres, por ejemplo, con 19.945 kilómetros cuadrados, tiene una superficie que es muy poco menor que la que Israel tenía hasta esta guerra de hace un par de meses), que ha sido contemplada con admiración y asombro, tales son las cosas que en ella se han hecho en menos de veinte años. Pero es también una tierra que está dominada casi por completo por gentes de las que, apenas sin más que la exclusión de unos miles de personas de edad muy avanzada, ancianos en gran parte, lo menos malo que se puede decir desde el punto de vista religioso es que están dominadas por la indiferencia, muy a menudo ya completamente por una actitud que les mueve a contemplar con desdén cuando no desprecio a los que, viejos en años, en actitud, en indumentaria, no comprenden o no quieren comprender a la nueva generación, formada en el *kibbutz* colectivista, integrada en unos sindicatos que son dueños de más de la mitad de los recursos económicos de Israel y fusionada a un sistema de servicio militar en el que no se sabría decir dónde termina la vida del soldado y empieza la del ciudadano, porque Israel es el ejemplo moderno más acabado de la nación-ejército. Todo el mundo, dentro de una edad determinada, está en la obligación de prestar servicio activo durante un mes al año, un día a la semana, y a ser posible algunas horas más al día.

Aunque sobre eso se busca hablar lo menos posible—se ha buscado siempre—, está aceptada la afirmación que dice que Israel tenía, y tiene ahora más que en ningún otro tiempo, el mayor ejército del mundo, en relación con la población, por supuesto; y uno de los más caros también, cuando no el más caro. Su presupuesto de 1966 se hizo subir a 447 millones de dólares, casi 27.000

ISRAEL, ¿GANARÁ TAMBIÉN LA PAZ?

millones de pesetas, lo cual vendría a ser casi la tercera parte del presupuesto total de un pequeño país.

Una gran parte, la mayor, del ejército movilizado para la guerra del pasado junio debería, de haber vuelto al trabajo, a ocupar el puesto que le correspondía en una ordenación económica que, con fines de ocupación, está dividida en tres grandes sectores. En primer lugar están las fuerzas armadas; después vienen las fábricas clasificadas como esenciales y los servicios públicos (electricidad, agua, transportes, etc.), dejando el tercero para todo lo demás.

La movilización que se produjo en vísperas de la guerra dejó reducido a la mínima expresión el índice de ocupación en muchos lugares, sobre todo en los agrupados en el tercer sector. Pero si esto podría reducir, aunque sólo fuese de momento, la presión del paro que ya se empezaba a sentir, no se podía perder de vista algo tan fundamental como el carácter mismo de la sociedad israelí, la sociedad de una nación en armas en la que todo el mundo hábil y en condiciones de servir a la patria es necesario también para prestar servicio en una economía en la que sólo ha sido posible acumular reservas—relativamente cuantiosas—en las circunstancias tan especiales en que ha vivido y se ha desarrollado Israel.

Se hablaba de unas reservas enormes, en términos relativos, por supuesto, valoradas en cientos de millones de dólares—no hubo, por ejemplo, racionamiento alguno, ni siquiera de gasolina, durante la guerra, no se observó alza en los precios y todo, en realidad, pareció haber continuado como si no hubiese habido guerra, y menos todavía una guerra que hizo necesaria una movilización total—y se contaba con unas reservas monetarias que subían a 600 millones de dólares, más de lo que se podría necesitar para hacer frente al costo de una guerra de duración muy limitada. (Es de suponer que lo que se hubiese podido sacar de esas reservas habrá sido restituido, con creces, con el producto de la campaña de ayuda que se llevó a cabo, con resultados sensacionalmente favorables, por el exterior, los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, y así sucesivamente.)

* * *

Desde el punto de vista económico, las dislocaciones resultantes de la guerra habrán sido pocas y de escasa significación. Es incluso posible pensar en que, de no producirse serios desniveles por otra parte, la guerra tuviese incluso resultados favorables, ante la posibilidad de iniciar un nuevo período de expan-

sión económica indispensable en el caso de la integración y anexión de una parte importante de los territorios conquistados. Pero sigue sin cerrar la interrogante que se abrió, de hecho, antes de la guerra. Porque Israel necesita volver a la ayuda exterior en gran escala, aunque no se sabe si se podrá obtener en el futuro en la misma medida en que se alcanzó en el pasado; necesita devolver con urgencia a la economía muchos, todos a ser posible, los brazos que fueron apartados de ella y que ahora están de servicio en los territorios ocupados militarmente, y como resultado de lo cual se han añadido algo así como millón y medio de árabes a la población de Israel, de la que, de unos 2.700.000 individuos antes de la guerra, eran judíos 2.300.000.

Cuando se puede pensar en que pasaron diecinueve años para abolir el régimen de gobierno militar a que estaba sometida la región del norte de Israel, dominada casi exclusivamente por una población árabe, cristiana mucha de ella, de un comportamiento que nunca ha dado motivos serios para la preocupación y menos todavía durante esa semana de guerra de la primera parte de junio; y en que aun después de abolido el régimen militar, esa población continuaba estando formada por ciudadanos de segunda clase, acaso se empiece a tener una idea de la magnitud y la gravedad de los problemas que tiene Israel por delante. En el caso de la incorporación de una porción considerable de los territorios conquistados—«liberados»—para, en el más moderado posible de los casos, «enderazar» la frontera de la Cisjordania, haciéndola pasar a lo largo de las colinas de Judea, por detrás de Jenin, Naplusa, Ramallah, Jerusalén, Belén y Hebrón, dejando del lado de Israel la mitad aproximadamente de la Cisjordania, con lo que aumentará mucho la población árabe. Y más todavía en el caso de quedar incorporada también, como parece ser más que probable, inevitable, la franja de Gaza.

Para la ocupación militar, para los servicios de vigilancia y administración de los territorios «liberados», será necesario, por mucho tiempo ya, un aumento considerable, acaso muy grande, de las fuerzas militares, de seguridad y de orden público, todo lo cual supone un aumento grande en los gastos y posibles repercusiones desfavorables para la economía.

Y en los meses que hay por delante, ¿en qué condiciones se encontrará Israel para hacer frente al problema de los refugiados árabes de Palestina que quedaron en los territorios ocupados en el desarrollo de una auténtica *Blitzkrieg*—guerra relámpago—que no dio tiempo a la estampida? En los primeros momentos se hacían subir a unos 900.000 los refugiados árabes de Palestina, casi exclusivamente en la franja de Gaza y la Cisjordania, que se quedaron atrás.

con grandes restos de ejércitos enemigos destrozados, para encararse con un futuro tan incierto, tan amenazador, en realidad, que muchos hubieran preferido irse y, a no ser eso posible, morirse. Muchos se han ido posteriormente, sin duda. Muchos también han muerto. Pero quedan todavía miles y miles a los cuales se han venido prestando socorros, que en la mayoría de los casos no podían llegar siquiera al racionamiento nada abundante que les había proporcionado antes una organización especial de las Naciones Unidas.

En el caso de quedar todo eso, de manera definitiva, dentro de las fronteras de Israel, ¿se podrá contar, por lo menos, con la ayuda de las Naciones Unidas en la escala y con la eficacia con que se había venido prestando desde 1949?

Es una de las muchas inquietantes preguntas sin respuesta satisfactoria todavía. Y quedan más, no menos importantes o significativas, como la cuestión de los Santos Lugares, que Israel ha prometido someter a un régimen especial, con garantías plenas de acceso, acaso de administración y conservación, para las grandes religiones que han encontrado por la región puntos de contacto y de algo más: la cristiana, la musulmana y la judía. Pero la forma en que se procedió para la anexión de la ciudad vieja de Jerusalén, que tanta contrariedad produjo, incluso en los Estados Unidos, donde apenas podían contar los israelíes con otra cosa que ayuda y simpatías, ha llenado de inquietud, algunas veces de congoja, a muchos que se han considerado como grandes, resueltos y animosos amigos de Israel. Pero no queda ya más remedio que terminar aquí lo que además de esquemático es fragmentario y que no ha tenido más pretensiones que el resumir de la manera más objetiva y más imparcial posible un estado de cosas que ha introducido un cambio tremendo en el equilibrio del poder en el Oriente Medio y que se ha intentado presentar como el resultado de una observación realizada en este caso desde un punto de vista nada más: el de Israel y los israelíes. No, preciso es insistir en ello, como interpretación de sus sentimientos e intereses, sino como, vista la situación desde fuera, parece ser la posición de Israel y acaso las consecuencias posibles de una posición que no permite pensar siquiera en que encuentre en el futuro un ambiente más favorable que en el pasado para su adaptación y desarrollo.

Jaime MENENDEZ

